LAS SUBVERSIONES NAVALES DEL SIGLO XX (CAUSAS Y EFECTOS DE UN COMPORTAMIENTO HISTÓRICO)

José CERVERA PERY
General auditor (RR)
Licenciado en Geografía e Historia

No todas las subversiones navales del siglo pasado —y fueron numerosas— tuvieron el mismo origen, las mismas causas, el mismo relieve y las mismas consecuencias, ya que el grado de amotinamiento puede medirse y analizarse desde distintas perspectivas. Cierto que en todas ellas hay un elemento determinante devenido de un proceso revolucionario, pero este puede ofrecer matices contradictorios.

Las condiciones de vida a bordo de los buques son de por sí difíciles de soportar, y el mismo hecho de desplazarse sobre las aguas, medio antinatural para el hombre, aporta un marco de incomodidad cuando menos. La disciplina en los buques es pieza fundamental, pero en su aplicación convergen factores tan importantes como la firmeza y la serenidad. El superior debe saber *mandar* sobre el subordinado y no *imponerse* en el ejercicio de su autoridad, y mucho menos someterlo a vejaciones o desprecio. En tal caso se propiciará un excelente caldo de cultivo para los instigadores de la subversión, infiltrados o no, en la secuencia de un proceso revolucionario que, como todos los actos humanos, puede ser políticamente utilizable. Ya desde 1905, cuando el buque ruso que llevaba por nombre el de uno de los personajes favoritos de la emperatriz Catalina II —Potiomkin Tavrichesky— se convirtió en el eje de una revolución, los motines se sucedieron sin solución de continuidad.

Los desencadenantes de los procesos revolucionarios, que derivan más tarde en conflictos internos o guerras de mayor talante, surgen no pocas veces

a bordo de un buque armado, y al final las circunstancias ideológicas acaban por absorber la verdadera esencia de la rebelión. Tal fue el caso del acorazado *Knyaz' Potyomkin Tavrícheski,* conocido como *Potemkin,* de la Marina Imperial rusa e integrado en la Flota del Mar Negro.

Algo más que una rebelión a bordo

Tras la contundente derrota de la flota rusa por la japonesa en Tsushima, el clima de malestar y rebeldía hacia la política zarista se manifestó duramente mediante huelgas, motines y algaradas. La guerra contra el Imperio del Sol Naciente no había sido precisamente popular, y sus campañas eran ejemplo de pésima conducción, por lo que la derrota era una ocasión ideal para ser aprovechada por los agitadores. Las huelgas eran continuas en las grandes ciudades; entre las tropas se habían producido numerosos actos de rebeldía, algunos armados, y el descontento se extendió rápidamente a los barcos, en plena descomposición orgánica.

La sublevación de la Flota del Mar Negro había sido preparada por el Comité Central de la Marinería y el Comité del Partido Social Demócrata de Sebastopol para hacerla coincidir con acciones revolucionarias que se desarrollarían en tierra; pero desajustes circunstanciales y actitudes personales definidas se aliaron para adelantar acontecimientos. Así, el 13 de junio de 1905 se produjo la sublevación del acorazado más emblemático de la Flota del Mar Negro, el *Potemkin*.

El buque, botado en 1898 y remozado en 1903, estaba al mando del capitán de navío Yevgueni Gólikov, y se había hecho a la mar en compañía del *Torpedero 267* para unirse al resto de la flota y realizar maniobras y ejercicios de artillería.

Se encontraba el acorazado al ancla cuando corrió la noticia de que la carne destinada al rancho estaba agusanada, sin que el médico hubiese tomado medidas, por lo que la dotación se negó a comer. El comandante Gólikov intentó mediar sin demasiada convicción, pero el oficial de guardia, teniente de navío Ippolit Guiliarovsky, trató de imponer disciplina ordenando que formasen en la banda de estribor los que estuviesen dispuestos a tomar el rancho, y en la de babor los disconformes. Seguidamente mandó a la guardia militar abrir fuego sobre los reacios, pero en ese momento se hizo visible la organización revolucionaria que ya existía a bordo. Los jefes de la célula eran los marineros Dymchenko, Mikiskin y el contramaestre torpedista Matushenko, siendo este el que arengó a la guardia para que no disparase, deshaciéndose el grupo de los que iban a ser fusilados, que corrieron en busca de armas.

No obstante, el teniente de navío Guiliarovsky repitió la orden de fuego y, frente a la pasividad mantenida por la guardia, él mismo arrebató un fusil,

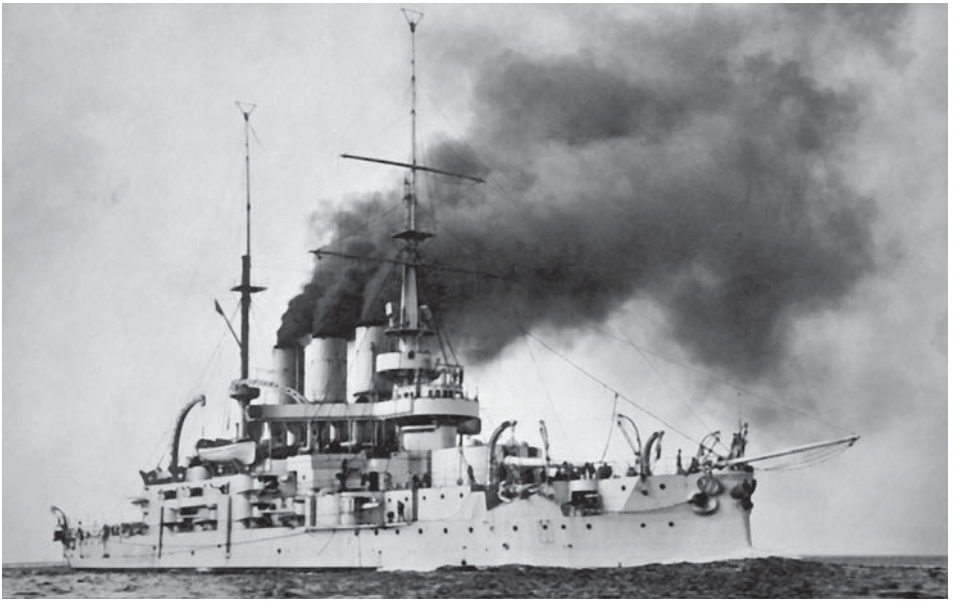
disparando sobre un marinero, pero a su vez Matushenko lo abatió de un certero disparo.

Ante este estado de cosas, algunos oficiales se arrojaron al agua con la pretensión de abordar el *Torpedero 267*, pero la marinería del acorazado rompió fuego sobre ellos y muy pocos lo consiguieron. Mientras tanto, el comandante y otros oficiales se esforzaban en inundar el buque y echarlo a pique, siendo neutralizados antes de que lo consiguieran. El comandante intentó huir y fue asesinado y arrojado por la borda. El médico quiso suicidarse, pero fue acuchillado, y el resto de los oficiales acabaron prisioneros en sus propios camarotes.

Un comité integrado por los más revolucionarios se hizo cargo del acorazado y le dio el mando al alférez de navío Alexeiev quien, junto con el teniente médico Golenko y dos oficiales maquinistas, cooperó con los amotinados.

El comité revolucionario se pronunció de inmediato lanzando la siguiente proclama: «Un esfuerzo decisivo ha empezado contra el gobierno ruso. Por la presente informamos de ello a las potencias extranjeras. Consideramos nuestro deber declarar que damos completas garantías de inviolabilidad a los buques extranjeros que navegan por el Mar Negro».

Al llegar a Odesa el acorazado junto al *Torpedero 267*, ambos con la bandera roja en su mástil de popa, fue desembarcado el cuerpo del marinero muerto por el disparo del oficial de guardia, con un cartel que rezaba:



Acorazado *Potemkin*. (Foto: *www.wikipedia.org*).

«Hombres de Odesa: Aquí está el cuerpo de Grigory Vakulinchuk, un marinero brutalmente muerto por decir el *bortsch* es malo. Hagamos la señal de la cruz y digamos «paz a su alma». Ayudadnos a vengar su asesinato. Muerte a nuestros opresores. Viva la libertad. Tripulación del *Potemkin*». Puede advertirse la diferencia conceptual y de redacción de este escrito de la marinería con el mensaje lanzado por el Comité Revolucionario.

La mayor parte de la dotación del acorazado se dedicó a velar el cadáver y a confraternizar con los huelguistas, mientras otros grupos exhortaban a la guarnición a deponer sus armas y a la policía a no reprimir los desacatos civiles, pero todo ello desordenadamente, no actuando como lo planteaban los delegados revolucionarios que embarcaron en el puerto y que traían órdenes concretas del propio Lenin desde su exilio ginebrino: «Convenza a los marineros de actuar resuelta y rápidamente, y consiga que hagan sin dilación un desembarco. En caso extremo no se detenga ante el bombardeo. Solo se precisa actuar con decisión, audacia y rapidez».

Dos días después de iniciada la sublevación, se unió al *Potemkin* y al torpedero el buque-hospital *Veja*, pero su dotación se mostraba indecisa en cuanto a llevar a cabo acciones de peso. Sobrevino entonces el famoso ametrallamiento y la carga de cosacos en la escalinata del *Richelieu,* que llegaba al puerto, momento tan magistralmente reproducido en la famosa película de Serguéi Eisenstein.

Dos días más tarde de la llegada del *Potemkin* a Odesa, apareció en escena la escuadra enviada por el vicealmirante Krieger para sofocar la rebelión, una fuerza integrada por los acorazados *Georgii Pobedonosets, Dvenadsat Apostolov y Sinop,* más un crucero y cuatro torpederos, bajo el mando del contralmirante Vishnevsky. Este último conminó a los sublevados a deponer sus armas, lo que fue rechazado de inmediato, y como el propio Vishnevsky dudara de la lealtad de sus dotaciones, no forzó la acción. El *Potemkin* cruzó la línea de la escuadra, entre los vivas del *Georgii Pobedonosets* y del *Sinop,* uniéndose a los sublevados el primero de ellos.

La escuadra zarista, tras la deserción del *Pobedonosets,* rehuyó el encuentro con las naves amotinadas por saberse en desventaja y dejó el teatro de operaciones. Pero en el *Pobedonosets* la mayor parte de la dotación no se sumó al motín, por lo que desde el *Potemkin* se envió una delegación con el fin de inyectar ánimos revolucionarios a los indecisos. Encabezaba la partida el teniente médico Golenko, quien apenas subió a bordo hizo detener al destacamento que lo acompañaba, se apoderó del buque y dispuso su varada para restárselo a la fuerza revolucionaria. Tras un día de dudas y motines a medias, el acorazado fue entregado a las autoridades navales.

Pero el *Potemkin* y el *Torpedero 267* no estaban dispuestos a transigir, y se hicieron a la mar poniendo rumbo a Constanza, en Rumanía, donde pretendían adquirir víveres y combustible, lo que les fue negado, ofreciéndoles a cambio asilo político, que no aceptaron, por lo que los buques fueron obligados a

dejar el puerto y, como Turquía había sembrado minas para impedirles el paso del Bósforo, se emplazaron frente a Feodosia (Crimea), amenazando con disparar si no se accedía a sus peticiones. La ciudad fue evacuada, y cuando se acercaron a tierra para hacer carbón, la guarnición local les obligó al reembarco. Unos días más tarde volvían a Constanza y se entregaban a las autoridades rumanas, mientras que al día siguiente del internamiento el *Potemkin* fue recuperado bajo pabellón imperial ruso por el contralmirante Pisarevsky, quien le condujo a Sebastopol, escoltado por los acorazados *Sinop y Chesma*.

A primeros de 1907 el zar Nicolás II firmó un decreto de amnistía para los actores de la revolución, por lo que varios tripulantes del *Potemkin* volvieron a Rusia, entre ellos el contramaestre torpedista Matushenko. La generosidad del decreto del *Padrecito* era solamente un señuelo, pues Matushenko fue ahorcado, y el resto de los exiliados, deportados a Siberia.

Es evidente que el movimiento revolucionario de Odesa no logró ser combinado con habilidad con la rebelión del *Potemkin,* pero pese a todo no dejó de ser un acontecimiento relevante en el proceso de la primera revolución rusa, mostrando la imagen de un gobierno incapaz de reducirlo, pues el acorazado se entregó en el extranjero pero no fue vencido, a la vez que dio un golpe considerable al ya erosionado prestigio de la Marina Imperial y de su almirante supremo, Nicolás II.

La revolución de 1905-1906, de tanto protagonismo naval, vendría a ser la fuente de experiencia más notable que tuvieron los bolcheviques para preparar, desatar y dirigir la revolución liberal de febrero de 1917 y su inevitable sucesora, la revolución socialista de octubre de ese mismo año, su verdadero objetivo.

Kronstadt: la sublevación de la Flota del Báltico

El Cuartel General de la Flota del Báltico se hallaba en Kronstadt, plaza fuerte situada en la isla de Kotlin que domina el acceso marítimo a Petrogrado. De diciembre a marzo, el Báltico permanece helado y su acceso es fácil, tanto desde las costas rusas situadas a corta distancia como desde las de Finlandia, un poco más lejanas. Factor este muy a tener en cuenta cuando se produjeron los hechos de referencia.

El germen revolucionario en la Flota del Mar Báltico era de tales proporciones que las autoridades imperiales reconocían en 1916 que Kronstadt era un auténtico polvorín con una mecha encendida. Ese mismo año se sucedieron motines en alguna guarnición y nuevos conatos en los buques bálticos más trabajados por la propaganda subversiva.

Pero los avatares de la Primera Guerra Mundial, que pintaban bastos para las tropas rusas, venían a poner en bandeja a los agitadores la posibilidad de culminar la revolución y a ello dedicaron sus mayores esfuerzos. La Flota

León Trotsky. (Foto: *www.wikipedia.org*).

de Alta Mar estaba minada por el descontento. Después de Skagerrak, los navíos permanecieron inactivos. El temor al poder submarino alemán frenaba los intentos de hacerse a la mar de los buques grandes para combatir nuevamente y lograr al menos una paz honrosa.

En octubre de 1918, sin embargo, se planeaba una importante operación naval para salvar el prestigio de los buques y facilitar los términos de una paz honrosa. Pero el plan fue conocido por las células revolucionarias, y cuando se dieron las órdenes de alistamiento y zarpada, los buques fueron inmovilizados por sus tripulaciones, que apagaron los fuegos de sus calderas y se negaron a buscar el combate. Al igual que el Ejército, la Armada había perdido el poder combativo. Sus marineros y clases inferiores desempeñarían un papel destacado en la última fase de la revolución.

Casi tres años más tarde, y consolidada la revolución, el gobierno envió la Flota del Báltico a Kronstadt para luchar contra los hombres a los que Trotski había llamado en otro tiempo «orgullo y gloria de la Revolución». Pero el alzamiento de los marinos de la Flota del Báltico no iba contra las esencias revolucionarias; lo que pedían era una vuelta al espíritu de esos ideales. No eran antibolcheviques, puesto que en términos generales no hacían sino repetir las aspiraciones de 1917, que no habían sido formalmente rechazadas. Resultaban sin embargo especialmente amenazadores. Había sido en los buques y en las bases del Báltico donde más sangre se derramó en la revolución bolchevique, y fueron sus marineros los que dirigieron los cañones del crucero *Aurora* contra el Palacio de Invierno en Petrogrado, hermanados con obreros y campesinos, cuando la revolución soviética mostró su verdadera cara. Del mismo modo, en los prolongados y duros combates de la Guerra Civil, tras el derrocamiento del zar, tuvieron esencial protagonismo, propiciado tal vez por las privaciones y dura disciplina a la que habían estado sometidos.

Junto a los marinos del Báltico, se declararon en huelga y se sublevaron miles de obreros, y los cadetes del Ejército rojo, enviados para reprimir sus manifestaciones, se abstuvieron de actuar con energía. Los mismos advirtieron pronto que Gobierno y Partido presentaban falseadas las demandas de obreros y marineros hermanados en un frente común.

Algunos buques fueron movilizados en los accesos fluviales de la capital para poner bajo sus fuegos las líneas de posible aproximación contrarrevolucionaria, formándose una flota de protección de once navíos, entre ellos los destructores *Zabiyaka, Schastlivy, Mietki y Samson,* cuyas dotaciones, afectadas primero por el virus revolucionario, viraban en redondo hacia el declive de la decepción.

La Escuadra francesa en la Guerra Civil rusa. El contagio revolucionario

El poder fue asumido por los bolcheviques tras la revolución de octubre de manera tan súbita y poco sólida que las capitales imperiales, Moscú y la antigua San Petersburgo, eran los únicos puntos donde habían podido consolidarse, y los liberales, desengañados de la «revolución unánime» de febrero, iniciaron la movilización antibolchevique, que gestaría la durísima Guerra Civil rusa desde 1918 a 1920.

Las potencias aliadas, que temían el retiro de los efectivos rusos del bloque antialemán, enviaron cuerpos de intervención al eximperio, más que para auxiliar a los *blancos* en su lucha contra los *rojos,* para mantener a Rusia sobre las armas, pues su caída hacía peligrar el frente francés, y aun después de la inesperada Paz de Brest-Litovsk, los aliados mantenían la esperanza de una restauración del frente ruso.

Francia, conducida en esta situación entre recelos y dudas por el gobierno de Clemenceau, intervino por el sur utilizando la vía del mar Negro, y de acuerdo con Inglaterra envió una escuadra en apoyo al general Denikin, comandante en jefe de las fuerzas ruso-blancas en el sector meridional. A fines de 1918, una división anglo-francesa, al mando del almirante Calthorpe, fondeaba en Sebastopol, incautándose de varios buques de guerra rusos, capitaneados por el acorazado *Voltja,* con los que se formó una escuadra blanca puesta a las órdenes del general Wrangel. Por otra parte, el general francés Anselme, comandante de las Fuerzas Aliadas en el Sur, operaba apoyado con la presencia de los cruceros *Ernest Renan* y *Jules Michelet* y los acorazados *Justice, Jean Bart, France, Vergniaud* y *Mirabeau,* un componente naval nada despreciable

Sin embargo, la lucha terrestre era de resultados pocos favorables a los rusos blancos, que retrocedían dejando el campo a los bolcheviques, quienes a mediados de marzo ya se aproximaban a Odesa y a Sebastopol. En estas circunstancias, cuando el auxilio de las fuerzas francesas habría sido muy útil,

André Marty. (Foto: *www.wikipedia.org*).

se produjeron motines, negándose la marinería de las principales unidades francesas a atacar a los rojos.

El cabecilla del levantamiento en los buques era un oficial maquinista, André Marty, de la dotación del torpedero *Protect,* buque que hacía de enlace entre el general Anselme y el general Berthelot, representante francés en Rumanía. Marty, cuyas condiciones de agitador eran notorias, convenció a buena parte de las tripulaciones de que no debían continuar combatiendo al pueblo ruso en su justa lucha contra el imperialismo.

Las tropas francesas se batían en retirada, y Anselme no pudo hacer frente a su compromiso de no evacuar la zona ocupada, mientras que el *Mirabeau,* varado frente a Sebastopol, trabajaba febrilmente bajo la protección de los cañones del *Jean Bart, France, Justice y Vergniaud*. Se pactó, sin embargo, un armisticio mediante el cual el almirante Amet «toleraba» la instalación de un gobierno soviético en Sebastopol a condición de que no se obstaculizara la salida del *Mirabeau,* cuya dotación también se hallaba bajo la influencia de las consignas de Marty, un maquinista de un buque insignificante, ayudado en sus maquinaciones por panfletos y octavillas distribuidos por los vendedores callejeros de cigarrillos (1).

(1) Durante la Guerra Civil española, André Marty tuvo un papel fundamental en la formación y desarrollo de las brigadas internacionales. Por la dureza de trato y crueldad con sus *pupilos* fue llamado el *Carnicero de Albacete,* ciudad en la que tenía emplazado su cuartel general. Un personaje despreciable en cualquier marina del mundo.

Los motines alemanes

La Marina de Guerra imperial alemana había llegado a ser, tras su rápida formación y crecimiento, un serio oponente para la hasta entonces inigualable Marina británica. Prácticamente fue capaz de llevar la guerra naval en todos los teatros de operaciones con un rendimiento notable, en especial en el uso de los medios que requerían ingenio y valor supremos: la flota submarina, los buques trampa y los corsarios.

La propaganda subversiva dejaba sentir su influencia en unas dotaciones que no habían comprendido su superioridad en Jutlandia, y la consecuente autocondena a la inacción le supuso a la flota alemana el amotinamiento y la revolución que se produjeron en cada puerto donde había buques germanos. En Cuxhaven, a bordo del *Regensburg,* los tripulantes se negaron a carbonear y embarcar víveres, amotinándose hasta la llegada de tropas de infantería, que restablecieron el orden; en Wilhelmshaven, donde ya en 1917 el marinero Reichnitz había intentado sublevar a la dotación de un buque y terminó siendo fusilado, se negaban a embarcar a los hombres del crucero *Moltke,* y las tripulaciones de algunos barcos se habían amotinado, en particular las del *Heligoland, Ostfriesland, Thüringen,* y las dudas sobre el estado disciplinario de la gente de a bordo obligaron a trasladar el Estado Mayor de la escuadra desde el *Baden* al *Kaiser Wilhelm II;* en Kiel, los acorazados *Markgraf, König y Prinzregent Luitpold* se sublevaron, saltando a tierra la dotación del *Markgraf* tras haber asesinado a su comandante, capitán de navío Weninger, por haberse opuesto a arbolar la bandera roja.

El episodio de Wilhelmshaven fue en realidad el promotor de Kiel, pues no fue reprimido con el debido rigor por el almirante de la escuadra, que cuando supo de la sublevación del *Heligoland* y el *Thüringen* en sus fondeaderos, envió infantería de marina embarcada y un submarino para sofocarla. Una vez detenidos los amotinados tras escasa resistencia, y a pesar de la gravedad de los hechos, el almirante no quiso adoptar las medidas drásticas y ejemplares que le aconsejaban los comandantes de submarinos y torpederos bajo su mando, entendiendo que todo mejoraría enviando los buques a Kiel. Pero esta misma agrupación naval sería la encargada de encender en aquel puerto la mecha de una revuelta que produjo una serie de víctimas mucho mayor que las que hubiera costado una ejemplaridad en los castigos de las rebeliones de Wilhelmshaven.

La turbulencia se extendió velozmente a todos los puertos y aun a la base de submarinos de Heligoland. Nada se podía hacer ya contra un poderosísimo enemigo enfrente y otro en retaguardia, y la flota alemana se entregó a las autoridades británicas en Scapa Flow, autoinmolándose voluntariamente el 21 de junio de 1919.

Las subversiones americanas. Final de singladura

Las marinas de los países americanos, tanto de la orilla atlántica como de la del Pacífico, se vieron igualmente implicadas a lo largo del siglo XX en conflictos, algaradas, motines y revoluciones que integran un largo capítulo de despropósitos. Brasil, Chile, Argentina y Estados Unidos tuvieron también su problemática subversiva desde el estamento naval. Su análisis y enjuiciamiento en profundidad desbordarían los límites de este artículo. Las distintas valoraciones que puedan deducirse de tales hechos merecen un tratamiento *ad hoc*, que queda emplazado para una nueva ocasión.

Se ha etiquetado al siglo XX como el *siglo de la violencia,* y no faltan razones para ello. Magnicidios, revoluciones, dos guerras mundiales y numerosos conflictos interestatales dejaron terribles huellas en el devenir histórico de un mundo en crisis. No parecen mejores los comienzos del XXI, con la aparición de una nueva fenomenología de terror, violencia y destrucción. Confiemos sin embargo en que, como dice la frase bíblica, algún día pueda verse la luz entre las tinieblas.

P. S. Deliberadamente no hemos incluido en el artículo las sublevaciones en los buques de la Armada al comienzo de la última Guerra Civil. El trágico episodio en el que fueron sacrificadas tantas vidas ha sido contemplado y duramente juzgado en los abundantes estudios sobre el conflicto, sobre todo en los que centran sus investigaciones en la actitud naval. La coincidencia generalizada en el rechazo a la crueldad de los hechos, que en muchos momentos parecen «clonados» de la revolución soviética en métodos y actitudes, y la siniestra semejanza con aquel aquelarre, justifican —al margen de las ideologías— un rechazo absoluto y contundente.

El general Vicente Rojo, que fue jefe del Estado Mayor Central del Ejército de la República, en su documentado libro *Historia de la Guerra Civil española,* califica de criminal el sacrificio de nuestros marinos de guerra, en directa referencia a las matanzas a bordo de los buques. No es preciso añadir más.